

tro Señor Jesucristo. Por su parte, San Juan nos presenta en el Apocalipsis al Redentor «a semejanza de un Cordero sacrificado desde el principio del mundo». Tal era el plan trazado por la Providencia desde toda la eternidad: el Verbo humanado debía someterse con la mansedumbre de un cordero a la muerte, que habían de infligirle los hombres, realizando al mismo tiempo en ese sacrificio perfecto lo que había sido figurado en todos los sacrificios antiguos. A este Cordero divino, cuya sangre alcanzaría lo que inútilmente había intentado conseguir la hecatombe de los holocaustos mosaicos, es a quien se pide que tenga piedad de nosotros, con una fórmula que no quiere decir únicamente que nos perdone los pecados, aunque ninguna cosa mejor podría desearse en ese momento que precede a la Comunión, puesto que el perdón de los pecados es sólo el aspecto negativo de la misericordia divina. El sacrificio del Cordero trajo, sí, a la humanidad el perdón; pero no debemos olvidar que su muerte no fué un fin, que a ella sucedió la Resurrección, que fué sellada con un triunfo maravilloso. Esta resurrección, esta victoria, que fortifica la vida sobrenatural en nosotros, que nos acerca a Dios, que consolida las relaciones de caridad entre los miembros de Cristo, es lo que pedimos en estas palabras, que de puro sabidas y repetidas nos parecen de una sencillez sin trascendencia.

LA ÚLTIMA PREPARACION

Ya reina en nuestras almas una atmósfera de paz y de amor; ya hemos pedido la misericordia de Dios como fruto de la sangre del Cordero, es decir, de Cristo, puesto que es ése uno de los nombres más expresivos de Cristo. Todo en el recinto sagrado debe ser ahora inocencia y amor. El abrazo ha fundido en uno todos los corazones. Este pensamiento ha conmovido a la asamblea. Mientras el coro cantaba pidiendo la paz, el diácono ha recibido el saludo del sacerdote y los fieles se lo han transmitido unos a otros, en el rito del ósculo santo, del beso de la

paz de que hablaba San Pablo; símbolo de fraternidad auténtica, pues, como dice San Agustín, «lo que atestiguan los labios debe realizarse en la conciencia, y así como vuestros labios se acercan a los de vuestro hermano, así vuestro corazón debe estar unido a su corazón».

Todo está ya preparado, pero la devoción de los fieles ha querido acumular los ritos y las oraciones en este momento de la fracción del pan. Una misma idea las preside y un sentido armónico las informa. Es la última preparación al místico banquete. Suena la campanilla, despertando los espíritus, brotan palabras de amor, solloza el corazón herido por el arrepentimiento y todo anuncia el instante supremo de la unión de las criaturas con el Criador. El Canon había terminado con la gran doxología: «Por El, con El y en El todo honor y toda gloria». Por El, que es la sabiduría creadora; con El, que es la providencia conservadora; en El, que es la mirada protectora. «Amen», respondieron los fieles. Una gran animación agitó de repente a la concurrencia, que había permanecido inmóvil, de pie, en actitud de éxtasis, tal vez con los brazos extendidos, como reza el sacerdote una y otra vez en las partes más solemnes de la oración eucarística. Es el gesto primitivo reproducido con predilección por los artistas de las catacumbas, elogiado y recomendado, primero por los escritores apostólicos, después por los Santos Padres. De pie, signo de respeto, actitud del sacrificador, postura del hombre libre que se presenta confiado delante del Padre celestial, y ha sacudido el terror, que humillaba su cabeza y encorvaba sus rodillas; pero, al mismo tiempo, extendiendo los brazos, en recuerdo del madero, que había producido el fruto de la libertad; gesto de humildad y de súplica, que hace pensar en el holocausto inefable del Calvario. Tertuliano había dicho: «Los cristianos rezan con los ojos fijos en el cielo y las manos extendidas, porque son inocentes; rezan con la cabeza descubierta, porque no tienen que avergonzarse de su nombre. No nos contentamos con